

puede darnos lo que le pedimos y lo que nos conviene, como nuestro buen padre.

XI.

JESUS CONVIERTE EL AGUA EN VINO.

Después que el Salvador había hecho una larga penitencia en el desierto, comenzó sus predicaciones, habiendo antes escogido algunos de sus apóstoles.

Hallándose un día en Caná de Galilea, en donde se celebraban unas bodas, á las que fué convidado en union de su madre y sus discípulos, y llegando á faltar el vino, la madre de Jesus le dice: «No tienen vino.» Y Jesus le dijo: «Mujer, que nos vá á mí y á tí? aún no es llegada mi hora.»

Dijo la madre de él á los que servían: «haced cuanto él os dijere.» Y había allí seis hidrias de piedra que mandó llenar

de agua, y cuando estuvieron llenas mandó que sirvieran al maestresala, el cual, habiendo notado que este vino era mejor, le dijo: «Todo hombre sirve primero el buen vino, y después que ha bebido bien, entonces da el que no es tan bueno; mas tu guardaste el buen vino hasta ahora.» Este fué el primer milagro de Jesucristo, con el cual dió testimonio de su poder y de su gloria; y los discípulos, y muchos de los que estaban allí creyeron.

Después de este milagro, siguió sus predicaciones por todas las comarcas de Palestina, en donde hizo otros muchos; pero á pesar de haber un gran número de testigos que presenciaron estos portentos, muchos no creyeron, y solo los discípulos, que todo lo habían abandonado por seguirle, quedaban admirados al contemplar estas maravillas, *porque la fé prefiere el corazón al talento.*

zar un poco. Una mujer de Samaría en tanto se acerca al pozo á sacar agua, y Jesús le dijo: « Dame de beber; » y aquella mujer samaritana le respondió: « ¿Cómo, tú, siendo judío, me pides de beber á mí, que soy mujer samaritana? por que los judíos no tienen trato con los samaritanos. » Respondió entónces Jesus y le dijo: « Si supieras el don de Dios, y quien es el que te dice « dame de beber, » tú de cierto le pedirias á él, y él te daría agua viva, por que todo el que bebiere de esta agua no volverá á tener sed. » La mujer, no comprendiendo el sentido en que le hablaba el Salvador, le dijo que le diera de esa agua para no tener sed; más que todo, para no volver á sacarla.

Entónces el Señor, para hacerla comprender quién era, la descubrió en breves palabras toda su vida pasada y los desórdenes de la presente, tocándole á la vez la conciencia y llenándole el corazón de un santo amor y de una fé desconocida; dejó su cántaro y se fué á la ciudad y dijo á aquellos hombres: Venid y ved á un hombre que me ha dicho cuantas cosas he hecho: y todos los habitantes de Sichar se fueron á donde estaba Jesus para escucharlo; lo que quiere decir que el Sal-

vador vino, no solo para predicar su doctrina á los judíos, sino á todos los pueblos de la tierra, porque él solo es la luz y la vida.

XIV.

MILAGROS DE JESUCRISTO.

La fama del Salvador se había extendido por toda la Palestina, y de todas partes venían para escucharle y para verle. Cada paso suyo en el mundo está marcado por un nuevo prodigio y por una nueva maravilla. La multitud se aumentaba cada dia más y más, pues su palabra y sus doctrinas tienen un encanto y un atractivo irresistibles.

Un dia se hallaba cerca del lago de Genezareth, y fué tanta la gente que ocurrió, que tuvo que entrar en la barca de Simon para que no lo estrecharan, y des-

Invo
Intr
de
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
ca
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Coi

El
La
El
El
Las
El
El
El
Los
El
El
La
La
El
El
Las

de allí siguió instruyendo y enseñando al pueblo. Y luego que acabó de hablar, dijo á Simon: «entra más adentro y soltad vuestras redes para pescar.» Y respondiendo Simon, le dijo: Maestro, toda la noche hemos estado trabajando sin haber cojido nada; mas en tu palabra soltaré la red. Y cuando soltaron las redes en nombre de Jesus, hicieron tan grande pesca, que las redes se rempieran y las barcas casi se hundian; y cuando vió esto Simón Pedro, le dijo: «Señor, apártate de mí; que soy un hombre pecador.» Y Dijo Jesus á Simon: «No temas, sígueme, y desde aquí en adelante serás pescador de hombres.»

Otra vez estaba Jesus sentado en medio de los fariseos, escribas y doctores de la ley, en quienes la eficacia de su palabra despertaba nuevos y saludables sentimientos, cuando unos hombres que traian sobre su lecho un hombre paralítico, y no hallando por donde poderlo meter, por el tropel de la gente, subieron sobre el techo, y por el tejado lo descolgaron con todo y lecho, poniéndolo delante de Jesus, el cual, al ver la fé de ellos, les dijo: «Hombre, perdonados te sean tus pecados.» Los escribas y fariseos, al oír

esto, comenzaron á murmurar, creyendo que el Salvador blasfemaba; pero Jesus, penetrando el interior de estas gentes, les dijo: «Qué es más fácil, decir *perdonados te son tus pecados,*» ó decir: *levántate y anda?*» Pues para que sepais que el Hijo del Hombre tiene potestad sobre la tierra de perdonar pecados, dijo al paralítico: «A tí digo, *levántate, toma tu lecho y vete á tu casa:*» Y se levantó luego á vista de ellos, y tomó el lecho en que yacia, y se fué dando gloria á Dios. Por todas partes no se hablaba de otra cosa, que de los milagros de Jesucristo, pues los cojos andaban, los ciegos veian, los enfermos quedaban sanos y los muertos resucitaban.

El pueblo, lleno de admiracion, seguia á Jesus y lo respetaba y lo queria, pero los sacerdotes y los escribas, á pesar de ver tantos prodigios, cada dia estaban más obstinados, pues sus ojos permanecian cerrados á la luz, y sus oidos á la verdad.



Inro
Intr
de
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
ca
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Co

El
La
El
El
Las
El
El
El
Los
El
El
La
La
El
El
Las

XV.

PREDICACION DE JESUS EN LA MONTAÑA

Entre los muchos acontecimientos de la vida del Redentor, hay uno que jamás podrá olvidarse. Habia un hombre con una mano seca y privada de todo movimiento, á quien Jesus curó, dejándolo bueno y sano; y como este milagro lo hiciese en sábado, los fariseos comenzaron á murmurar, como si hacer bien no fuese lícito hacerlo en cualquier dia. Despues de haber pasado toda la noche en oracion, en un monte, quando fué de dia, reunió á todos sus discípulos, que ya era un número muy considerable, y de ellos escujo doce, que llamó *apóstoles*, y fueron: Simon, á quien dió el sobre nombre de Pedro, Andres su hermano; Santiago, Juan, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Santiago, hijo de Alfeo; Simon, llamado el Zelador; Juan, hermano de Santiago, y Júdas Iscariote, el que vendió á Jesu-
cristo.

En seguida, acompañado de una inmensa multitud, fué descendiendo con ellos, y se paró en un llano del mismo monte, y predicó aquel admirable sermón de las Bienaventuranzas, que solo el Hombre-Dios pudo haberlo predicado. San Lúcas las compendia de esta manera: «Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los que ahora teneis hambre, porque hartos sereis. Bienaventurados los que ahora llorais, porque reireis. Bienaventurados sereis quando os aborrecieren los hombres, y os apartasen de sí, y os ultrajasen y desechasen vuestro nombre como malo, por el Hijo del Hombre. Gozaos en aquel dia, y regocijaos; porque vuestro galardón grande es en el cielo; porque de esta manera trataban á los profetas los padres de ellos.»

¡Cuánta dulzura y santidad se encuentran en todas estas palabras! Francamente, no sabemos qué admirar más, si la sublimidad de su doctrina ó la verdad de sus máximas: pero toda la filosofía del mundo es harto pequeña y miserable, comparada con esta doctrina, que nos enseña verdades que por sí mismas pueden hacer nuestra felicidad en el mundo, y

asegurarnos nuestra eterna dicha despues de la muerte.



XVI.

JESUS SOSIEGA EL MAR Y RESUCITA A LA HIJA DE JAIRO.

Un dia entraba Jesus en un barco con todos sus discipulos. El cielo estaba sereno y la mar azul y tranquila. El Salvador. cansado de tanta fatiga, se recostó y dormia. Apenas habian pasado unas cuantas horas cuando el mar empezó á agitarse, y el rayo, y el relámpago, y el trueno, anunciaban una tempestad que pronto comenzó á desatarse.

Los discipulos tuvieron miedo y se acercaron á él para despertarlo, diciéndole: «Sálvanos, Señor, que perecemos.» Y Jesus les dice: «¿Qué temeis, hombres de poca fé?» Y levantándose, al punto mandó á los vientos y á la mar, y el mar

y los vientos obedecieron; y á la tempestad sucedió la calma, y los hombres se maravillaban de verlo, y le glorificaban.

Otra vez, un hombre llamado Jairo, que era príncipe de la Sinagoga, vino á Jesus, y postrándose á sus pies le suplicaba entrase á su casa, porque tenia enferma á su hija única, y estaba muriéndose; pero mientras esto aconteció, una mujer que hacia doce años padecia flujo de sangre, sin que de nadie pudiese ser curada, atravesó la multitud, y con grande trabajo, apenas logró tocarle la orla de su vestido, y al punto quedó sana. Y dijo Jesus: ¿quién me ha tocado? Y negándolo todos, dijo Pedro y los que con él estaban: «Maestro, las gentes te aprietan y te oprimen, y dices: ¿quién me ha tocado? Y diio Jesus: «alguno me ha tocado, porque yo he conocido que ha salido virtud de mí.» Cuando la mujer se vió así descubierta, vino temblando y se prostó á sus pies, y declaró delante de todo el pueblo la causa por qué lo habia tocado, y cómo habia sido luego sanada. Y él le dijo: «Hija, tu fé te ha salvado; vete en paz.»

No habia acabado aún de hablar, cuando una persona se acercó al príncipe de

Inro
Intr
de
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
ca
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Cot

El
La
El
El
Las
El
El
El
Los
El
El
La
La
El
El
Las

la Sinagoga, y le dijo: «Tu hija es muerta, no le molestes.» Mas Jesus, cuando esto oyó, dijo al padre de la muchacha: «No temas; créé tan solamente, y será sana.» Y cuando llegó á la casa no dejó entrar consigo á ninguno, sino á Pedro, á Santiago y á Juan, y al padre y á la madre de la muchacha. Y todos lloraban. Y él dijo: No lloréis, no es muerta la muchacha, sino que duerme. Y acercándose á ella, la tomó de la mano, y le dijo: «levántate;» y la muchacha se paró buena y sana.

Pedro, Juan y Santiago, y el padre y la madre, lo santificaban y lo bendecian, pero él les aconsejó no dijesen á nadie lo que habia sido hecho.

XVII

MILAGRO DE LOS CINCO PANES.

Habiendo llegado á noticia de Herodes la fama y santidad de Jesucristo, qui-

zo conocerlo, y al efecto comenzó á informarse de él; pero habiéndolo sabido Jesus, se retiró á Bethsaida de Galilea, seguido de una multitud de gente. Y habiendo alzado Jesus los ojos, y viendo que venia á él una tan grande multitud, dijo á Felipe: «¿De dónde comprarémos pan para que coman estas gentes?» Esto decia para probarle, esto es, para probar su fé y darle lugar con esto á que despues admirase la grandeza del milagro, porque él sabia lo que habia de hacer. Felipe le respondió: «doscientos denarios de pan no les bastarian para que cada uno tome un poco.» Uno de sus discípulos, Andres, hermano de Simon Pedro, dijo: «aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces; mas ¿qué es esto para tanta gente? Y dijo Jesus, haced sentar la gente. En aquel lugar habia mucho heno, y se sentaron á comer como en número de cinco mil hombres.

Tomó, pues, Jesus los panes, y habiendo dado gracias, los repartió entre los que estaban sentados; y así mismo de los peces cuantos querian. Y cuando se hubieron saciado, dijo á sus discípulos: recoged los pedazos que han sobrado, que no se pierdan; y así recogieron y llenaron

doce canastos de pedazos de os cinco panes de cebada que sobraron á los que habian comido. Aquellos hombres, cuando vieron el milagro que habia hecho Jesus, decian: «este es verdaderamente el profeta que ha de venir al mundo.»

Todos los milagros de Jesucristo son admirables; pero en este aparece, más que en ninguno otro, con toda su grandeza y esplendor, pues no solo brotan de su palabra el divino consuelo y la verdad, sino que con su ejemplo conmueve y extasía; y hé aquí que todo un pueblo, sediento de verle y escucharle, abandona todo y le sigue: y cuando ménos lo espera, se encuentra sin tener de qué alimentarse; pero Jesus no se olvida de él, lo atiende y lo cuida, porque él es nuestro padre, que á cada instante y á cada momento, está repitiendo para sus hijos el milagro de los cinco panes y dos peces.

XVIII.

TRASFIGURACION DEL SEÑOR.

Pedro amaba ardientemente á su divino maestro; y Jesus á su vez, tambien amaba á Pedro; y por eso, cuando el Salvador preguntó un dia á sus discípulos: «Y vosotros ¿quién decis que soy yo?» Simon Pedro respondió, y dijo: «*Tú eres el Cristo, el hijo de Dios vivo.*»

Jesus al escucharlo, se quedó un instante contemplándole; y con una ternura y una expresion indefinible, propia sola del Redentor del mundo, le contestó diciéndole: «*Y tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella;*» á lo cual el mismo Jesus agregó: «Atí te daré las llaves de los cielos; y todo lo que ligares sobre la tierra, ligado será en los cielos; y todo lo que desatares sobre la tierra, será también desatado en los cielos.» Hé aquí en pocas palabras, anunciado el poder de Pedro y de sus sucesores; pero Jesus, queriendo fortificar su fé,

Invo
Intr
de
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
ca
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Cap
Cor

El
La
El
El
Las
El
El
El
Los
El
El
La
La
El
El
Las

despues de seis dias toma á Pedro, á Juan y á Santiago su hermano, y los lleva à un monte alto, y se trasfiguró delante de ellos, y su rostro resplandeció como el sol, y sus vestiduras se pusieron blancas como nieve. Y hé aquí, que aparecieron hablando con El, Moises y Elias.

Pedro estaba lleno de admiracion y de felicidad: una dicha suprema brillaba en su rostro, y no queria que terminase aquella vision; y tomando la palabra, dijo á Jesus: «Señor, bueno es que nos estemos aquí: si quieres, hagamos aquí tres tiendas, una para tí, otra para Moises y otra para Elias.» El estaba aún hablando cuando vino una nube luminosa que los cubrió. Y hé aquí una voz de la nube, diciendo: «*Este es mi hijo el amado, en quien yo mucho me he complacido; á él escuchad.*» Y cuando lo oyeron los discipulos, cayeron sobre sus rostros y tuvieron grande miedo. Mas Jesus se acercó y los tocó y les dijo: «Levantaos y no temais.» Y alzando ellos sus ojos, á nadie vieron, sino solo á Jesus. Y al bajar ellos del monte, les mandó Jesus, diciendo: «No digais á nadie la vision, hasta que el Hijo del Hombre resucite de entre los muertos.»

XIX.

LA PARABOLA DEL HIJO PRODIGO.

Todo el mundo conoce esta parábola, pero tambien ninguna otra es tan bella, y por eso no debemos dejar de repetirla; porque si es cierto que ella habla al alma de cada hombre, tambien le enseña cuan bondadoso es el Señor para con los pecadores, y la conducta que observa con ellos, cuando arrepentidos de sus crímenes, se acojen á su infinita clemencia.

Un hombre—dice el Evangelio—tuvo dos hijos: Y dijo el menor de ellos á su padre: «Padre, dame la suerte de la hacienda que me toca.» Y él les repartió la hacienda. Y no muchos dias despues, juntando todo lo suyo el hijo menor, se fué lejos, á un país muy distante, y allí malrotó todo su haber, viviendo disolutamente. Y cuando todo lo hubo gastado, vino una grande hambre en aquella tierra, y él comenzó á padecer necesidad. Y fué y se arrimó á uno de los ciudadanos de aquella tierra. El cual lo

mandó á su cortijo á guardar puercos. Y deseaba henchir su vientre de las mondasuras que los puercos comían, y ninguno se las daba. Mas, volviendo sobre sí, dijo: "Cuántos jornaleros en la casa de mi padre tienen el pan de sobra, y yo me estoy muriendo aquí de hambre. Me levantaré iré á mi padre y le diré: Padre, péqué contra el cielo y delante de tí: ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo: hasme como á uno de tus jornaleros." Y levantándose se fué para su padre, y como aun estuviese léjos, le vió su padre, y se movió á misericordia; y corriendo á él, le echó los brazos al cuello y le besó. Y el hijo le dijo: " Padre, he pecado contra el cielo y delante de tí: ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo. Mas el padre dijo á sus criados: traed aquí prontamente la ropa más precisa, y vestidle, y ponedle anillo en su mano, y calzado en sus piés; y traed un ternero cebado, y matadlo: y comamos y celebremos un banquete: Porque este mi hijo era muerto y ha revivido; se había perdido y ha sido hallado."

He aquí, mis buenos niños, en pocas palabras, la imágen exacta de los que ofenden á sus padres y de los que ofen-

den á Dios, que es nuestro padre comun. Cuando se arrepienten de sus culpas; cuando vuelven á El, verdaderamente contritos, los llena de gracias, los colma de beneficios y los conduce de nuevo al sendero de la verdadera felicidad, y al camino de la virtud.



XX.

JESUS BENDICE A LOS NIÑOS.

Los apóstoles y demás discípulos de Jesucristo, algunos hombres toscos y pobres, pero sinceros y limpios de corazón, creían que el reinado del Mesías sería como el de todos los príncipes de la tierra; y como le habían oído decir que después de muerto resucitaría al tercer día, ellos se figuraban que entonces establecería su reino con toda la pompa y magestad con que lo hacen todos los grandes y soberanos de este mundo.

Con estas ideas, un día se acercaron á Jesus diciéndole: "¿Quién piensas que es mayor en el reino de los cielos?" Y llamando Jesus á un niño lo puso en medio de ellos. Y dijo: "En verdad os digo que si no os volviereis é hicieréis como niños, no entrareis en el reino de los cielos. Cualquiera, pues, que se humillare como este niño, éste es el mayor en el reino de los cielos. Y el que recibiere un niño tal en mi nombre, á mi me recibe. Y el que escandalizare á uno de estos pequeñitos que en mí creen, mejor le fuera que colgasen á su cuello una piedra de molino de asno y lo anegaran en el profundo del mar."

Jesus, con estas palabras, les manifiesta que su reino es todo celestial; y para reprimir su vanidad y orgullo, les pone delante un niño y les dice que para que puedan entrar al reino de los cielos, es preciso que ellos sean por voluntad y por amor á él, lo que los niños son por edad.

El Salvador, pues, se complacía en tener cerca de sí á los niños. Una vez le presentaron unos para que los tocase; pero los apóstoles, que los miraban con desprecio, los reñían; pero Jesus les dijo: "Dejad á los niños, y no les estorbeis de

venir á mí; porque de los tales es el reino de Dios. Y en verdad os digo: que el que no recibiere el reino de Dios como un niño, no entrará en él." Y abrazándolos, y poniendo sobre ellos las manos, los bendecía.

Jesus ama á los niños con predileccion porque la inocencia tiene tantos atractivos y encantos, como horrores el vicio. ¡Feliz el niño que sabe guardar su corazón y su inocencia, porque éste es el mayor tesoro, que puede tener, de todo cuanto existe!



XXI.

ENTRADA DE JESUS EN JERUSALEM.

La entrada del hombre Dios en la ciudad santa, es el principio de esa serie de acontecimientos, dignos á la vez de admiracion y de tristeza; de regocijo y de dolor; de llanto y de pesar, en que el alma